

SELECTA

REVISTA MENSUAL, LITERARIA Y ARTISTICA

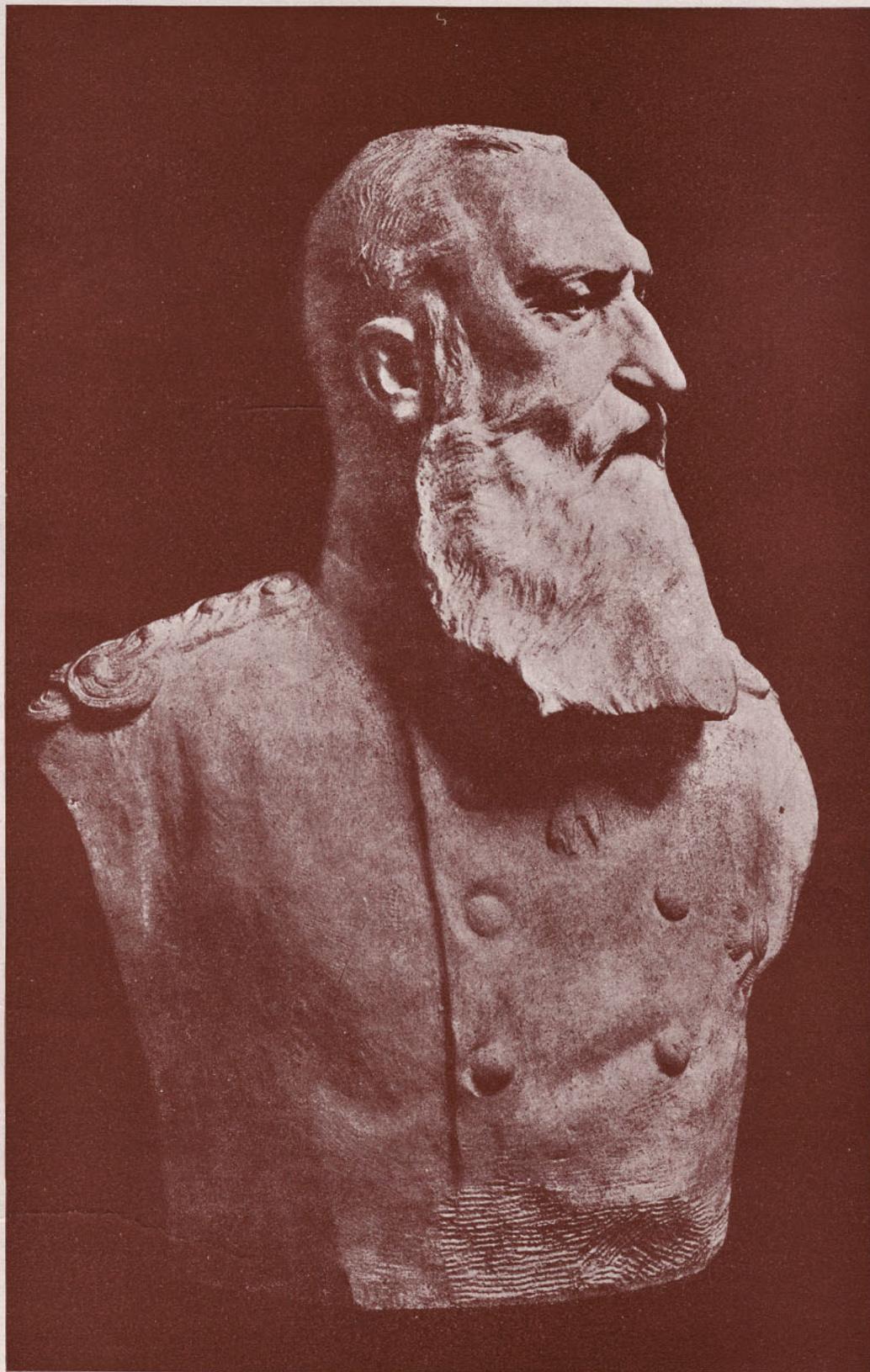
Año 1.—Núm. 10

EMPRESA ZIG-ZAG
EDITORES PROPIETARIOS

Santiago de Chile, Enero de 1910

DIRECCION:
CALLE TEATINOS 666

Precio: 1 peso



Busto escultórico de Vincotte

S. M. el Rey Leopoldo II de Bélgica

Guillermo Blest Gana

HE terminado de leer el libro. Cierro la página postrera del volumen enorme y tosco, y en su canto afirmo el retrato, el último, del poeta á quien me he dado por un momento largo y silencioso. Miro su faz tranquila, de amplia frente desnuda, de cabellos y bigotes blancos, y dejo que su mirada clara, me lo indica la transparencia que apenas si colorea el iris de sus ojos, caiga hasta el fondo de mi alma, suya, enteramente suya todavía... Siento reflejarse en mí las palideces soñadoras de su rostro, como se reflejan las blancuras de un nenúfar en la profundidad de las aguas cristalinas. Estoy en un dulce reposo transparente. Pero, poco á poco, en mi silencio interior, siento la vuelta de mí mismo como una leve marea moral que asciende. La imagen del poeta se desvanece y en los planos sucesivos de mi conciencia sólo quedan los recuerdos de la lectura, los recuerdos que, por unas más ó menos misteriosas omisiones electivas, se reducen á lo más característico de la obra del poeta. La lucha dura todavía un instante; pero... ya soy yo, enteramente yo! Vuelvo á tomar el libro, reviso las anotaciones marginales de la primera lectura total y hallo señalados, aquí, un lamento, nacido de lo íntimo, del fondo mismo de donde viene el llanto; más allá, un trozo descriptivo, airoso, de una frescura de acuarela y, junto á este trozo, y más atrás y más adelante, un sinnúmero de versos débiles, exangües, repudiados por un gesto de mi lápiz rojo!

I

Seguir la obra de un artista de tan admirable tenuidad sentimental como Guillermo Blest Gana, es uno de los bellos momentos que puede tener la atención estética de quien estudie el desarrollo de la poesía chilena.

Blest Gana es romántico. Las ondas superficiales de su espíritu pudieron tener estas ó aquellas desviaciones; pero el fondo de él no cesó de deslizarse en una lenta y amplia dirección romántica. Ante su obra, que fué intensa y copiosa, el lector se pregunta: ¿cómo desde el primer aleteo hasta el último desmayo del ala senecta, pudo este lírico seguir fascinando la fugacidad unicolor de un mismo ensueño? ¿No sintieron sus oídos que la continuidad de un ritmo emocional único, terminaría por hacerlo tan monótono como el silencio? ¿Qué elementos íntimos ó de medio ambiente le impidieron transformarse para no caer, como cayó, en lo que se ha llamado el tercer período de vida de un artista, la imitación de sí mismo?

Blest Gana era un temperamento delicado, melancólico y de una sensibilidad extrema. Dos motivos dolorosos, la muerte de su hermana, primero, y la de su madre, después, barrieron como soplo de tempestad sus débiles florecimientos de energía juvenil. Habría necesitado ser vigoroso para sobreponerse á la acción anoadadora de esas desgracias, y ya hemos dicho que era un delicado melancólico. El frío estremecimiento con que lo sacudieron esas dos angustias íntimas no apagó nunca en el poeta su resonancia sombría. Lo sintió hasta en los últimos versos de sus últimos años.

Pero, á pesar de esto, la obra de Blest Gana no habría sido tan lánguida, tan zahumada de melancolía, si el ambiente literario de su época hubiera sido otro, si no hubiera estado lleno también de melancolías románticas. Además, Blest Gana no vivió en el reposo, con el ocio helénico indispensable para el artista: llevó una vida un tanto intranquila, de aquí para allá, en varios puestos de la administración pública. Cada una de estas

ocupaciones le demandó estudios diversos. ¿Sería esta falta de reposo lo que le impidió laborar su obra con la febril intensidad del artista insaciado que trata de superarse, de libertarse de los propios elementos contradictorios, para llegar gloriosamente al fin perseguido con dolorosa fruición? No; melancólico y triste, no tomó, no pudo tomar en su medio ambiente literario sino lo que se armonizaba con su temperamento. Su tristeza halló, pues, una dulce consanguinidad moral con los poetas que en esos años, de 1850 á 1870, llenaban el mundo de melancolías, amargas y escépticas en Leopardi, románticas y religiosas en Lamartine.

Blest Gana empezó á decir su mal en ritmos sencillos, casi ingenuos. Era una brisa lastimera. Su mirada de artista no profundizaba sus emociones: parecía flotar sobre la periferia de su yo; pero luego su voz se hizo intensa é intentó dar la visión de la obscuridad central de su alma, mas, de un modo tan vago, por amplio, que el efecto perseguido se le escapó. No es una tristeza más sombría, más amarga, con movimientos de rebelión desesperada y augusta, sino la misma tristeza inicial, la de sus primeros versos. Fué sólo su voz la que ganó en fuerza expresiva, la que luchó por hacernos sentir una desesperanza infinita que vemos en el gesto, en la actitud del poeta, pero nó en su emoción.

La tristeza debe tener su orgullo. Es preciso que el motivo que la genere sea digno de obscurecer un corazón. Los estados depresivos ó vigorizadores de la vida no deben estimarse en sí mismos sino en la idea que los hace nacer. La tristeza de los primeros cantos de Blest Gana es sincera y justa; pero la de los siguientes, no de todos, naturalmente, es suscitada á veces por inanidades. Sus versos nos parecen entonces tanto pueriles y su acento es una lánguida monotonía gris.

La amplitud en el desarrollo de un mismo estado emocional es admisible y aún admirable en un lírico de ágil vuelo verbal, porque nos seduce con las modulaciones del tema inicial, nos parece que varía porque lo vemos bajar y subir embriagándose en los ángulos y las elipses de su propio vuelo, como la alondra shelleyana que sube embriagándose en su propio cantar. Pero Blest Gana no varía: amplifica. La tonalidad de su acento es una: melódica y triste. No conoció sino esta pura, lenta y elegante línea musical. Además, como artista sincero, no habría podido cambiar de acento sin desnaturalizarse: Blest Gana tenía ante sí un mismo é invariable grupo de ideas. Siendo la visión una, una tenía que ser la expresión. Ante esas cuantas ideas, el poeta estaba inmóvil. Pareció mirarlas en perspectiva, sin aproximarse, sin intentar escalarlas. El encadenamiento de las ideas se parece al encadenamiento de las montañas. Es necesario llegar á una cumbre para ver tras ellas otras, casi siempre más altas.

Blest Gana las miró desde la llanura. Ni siquiera cambió de punto de vista: no se acercó ni se alejó. Aunque sus temas predilectos, el amor y la muerte, hubieran permanecido los únicos, si él se hubiese procurado un movimiento intensificador ó amplificador de su estado de alma, esa ligera modificación de su visual le habría hecho cambiar de luz y ver otros aspectos, otras coloraciones de esos motivos líricos. Pero no lo hizo sino en dos ó tres composiciones, entre ellas, en "El primer beso".

En la invariabilidad de su modo de ver entró seguramente la imposición de lo bello poético consagrado entonces. Las corrientes del pesimismo sentimental que ensombrecían las páginas de



Don Guillermo Blest Gana

todos los libros románticos— aún no moría el lamento de René— llegaban hasta nosotros con todas sus seductoras melancolías. Sería un análisis interesante y fino separar de la obra de Blest Gana los elementos de tristeza que corresponden al poeta mismo, de los que corresponden á la influencia literaria de su época. Nos reduciríamos á exponer que Blest Gana se despreocupó de la parte filosófica, de la sistematizadora del dolor como alma del mundo, y sólo admitió la coherente con su estado espiritual, no de duda y rebelión, sino la resignada angustia, que le hacía ver todo como al través de una lágrima.

II

Dentro de su romanticismo, ¿qué orientaciones predilectas tuvo el poeta? ¿qué temas detuvieron con más intensidad la serena mirada de sus ojos soñadores? Lo hemos dicho hace un instante: el amor y la muerte.

Blest Gana pareció decirse, modificando el entimema cartesiano: amo, luego existo. Pero su amor era una especie de eterización del sentimiento erótico. Las constantes recordaciones dolorosas de los motivos que entristecieron sus primeros años, le suscitaban una laxitud renunciatoria de todo impulso amoroso, activo, digamos; de toda manifestación del instinto sagrado... Su emoción es tan pura que parece evaporarse en un efuvio de religiosidad. No que Blest Gana por esto haya sido un precursor de las modernísimas aliações de misticismo y sensualismo. Sus versos eróticos tienen unción religiosa, pero no voluptuosa. Son, seguramente, nacidos más de su admiración por la belleza en sus impalpabilidades virginales, que en sus plasticidades sugerentes del vértigo. La genealogía de su modalidad erótica sube á Petrarca. Blest Gana pudo decir lo que dijo este su abuelo lírico, refiriéndose á la bella que, vestida de violeta y verde, paseaba el oro de sus cabellos bajo las moreras de Vauclusa, que no hubo

Senza onestá mai cose belle e care!

Este idealismo soñador de su sentir amoroso contribuye un tanto á la monotonía de su obra. Lo manifiesta desde sus primeros á sus últimos versos; ¡y tened en cuenta que escribió dos volúmenes enormes! Después de centenares de cantos acordados así, á un purismo lánguido, la unisonancia de la voz insensibiliza al lector: ya no sentimos. Deseamos, por el contrario, un rasgo vigoroso, enardecido. Pedimos un movimiento pasional más vivo, algo que nos dé, que nos sugiera la agitación misma de la sangre del poeta, que nos galvanice en fervorosas sinceridades; pero en vano: Blest Gana, en su pureza, llega á odiar el placer.

Buscad otro placer, otra alegría,
un manantial que menos barro tenga;
algo que hable del cielo,
y encontrarás la fiel melancolía,
que tal vez nuestro espíritu detenga
en su incesante anhelo.

Notad el desmayo de esta voz que prefiere la melancolía al placer... En esta actitud de renunciamento á la vida sana, potente y creadora, Blest Gana se delinea ante nosotros en el fondo de su obra.

¿Era esto una resultante de su sensibilidad enferma por el sólo roce de los sueños?

La sensibilidad va siendo, en poesía, un elemento superior á la imaginación. Los versos gloriosos, separadamente de los que llevan una idea, gloriosos de toda eternidad, son hoy los cristalizadores de las agudezas emocionales que se pierden en lo inverosímil. Blest Gana es sutil, pero lánguido, de una inmovilidad casi mística. A veces las visiones que nos sugiere son tan pálidas y eterizadas que las vemos flotar ante nuestros ojos como las blancas figuras de esos frescos beatíficos que vela de cienienta luz lunar el neo-primitivismo de Puvis de Chavanne.

¿Qué de bellezas nos habría dado este poeta si su sensibilidad, afinada y vibrante, hubiera sido agitada por un soplo de amor tempestuoso y, arrebatado por el vértigo, hubiese dejado flotar los anhelos de su corazón en versos febriles, llameantes, con algo del desgremamiento luminoso de las llamas!

III

¿Habría podido el poeta sentir el amor en su potencia de alegría? No. La idea de la muerte crepusculizaba su espíritu.

Casi todos los versos de Blest Gana, reveladores de una emoción cierta, están envueltos en una sombra vaga y triste. Los tonos que van del gris al negro parecen ser toda su gama de colorista. Cuando usa otras tonalidades, cuando llega hasta las calideces del amarillo y el rojo, se nota en los versos un no sé qué de ficticio, no se ve en ellos el toque directo de la emoción. No todos los colores que se emplean se sienten, ni todas las palabras. La melancolía del poeta era irreducible. Aún los versos en que nos da un grupo de flores, para que respiremos aromas y frescuras, parecen velados de tristeza, como si nos las ofreciera á la luz de una tarde moribunda.

Los recuerdos dolorosos de que ya hemos hablado, la muerte de su hermana y de su madre, infiltraron en Blest Gana una corriente fría que mantuvo latente la sensación primera. A la menor solicitud de la sombra, su pensamiento se paralizaba. Esto le impidió variar las representaciones que de esos momentos nos dan sus versos. Anonadado, no podía distinguir si la idea fatídica al volver se presentaba con diversos caracteres, si despertaba

en su sensibilidad estremecimientos no conocidos y que le sugirieran una manifestación artística diversa de las anteriores. Esto nos explicaría por qué Blest Gana vió la muerte de un mismo modo, el más trivial, el que la muestra inflexible á las súplicas como nos la mostrara ya uno de los himnos órficos.

Quedarse ante la muerte en el lamento, en la esperanza de volver á ver los seres idos y repetir esto interminablemente, tiene apenas unos cuantos matices diversificadores, es, en un poeta del talento y cultura de Blest Gana, un indicio de inexcusable flojedad mental, es demostrar que sólo se ama el vuelo bajo, el vuelo por los aires aromados de tierra.

¿Qué lejos está Blest Gana del moderno pensador estoico que ve en la muerte un privilegio del hombre sobre la naturaleza! La naturaleza no sufre, por eso puede ser eterna. Sus alegrías y sus tristezas no son alegrías y tristezas sino en nosotros. Son nuestras las risas que ríe; nuestras las lágrimas que llora. Ella es indiferente. Sólo los que hemos conocido el dolor podemos morir. Después de habernos sumido en el mar de la vida hasta palpar su fondo y haber vuelto á la luz con un puñado de arena en la mano, podemos morir. Es un triunfo que nos corona de adormideras. ¡Ah, sí! libertar nuestra conciencia del encadenamiento pavoroso de la materia, desprendernos para siempre de sus enlazamientos y desenlazamientos luminosos y errantes, es una victoria, y tal vez el hombre, después de todas sus luchas, no alcance nada más digno ni más augusto que esta victoria sombría!

IV

El subjetivismo de Blest Gana lo hizo entornar, si no cerrar, los ojos á las bellezas del mundo exterior. Así se dibujarían mejor sus pálidas visiones espirituales, sugeridas en su mayor parte por recuerdos persistentes y dolorosos. El recuerdo es una descolorida supervivencia del pasado y si á esto se agrega que los recuerdos de Blest Gana son de momentos del espíritu y no de momentos de la tierra, efectos de luz, paisajes, comprenderemos la vaguedad dulce y soñadora en que sus versos flotan y se esfuman.

A veces empieza á esbozar los puntos principales de un paisaje; nos da un centro, el primero ó el último plano como indicaciones de perspectiva; pero luego se detiene y su irrefrenable subjetivismo lo lleva definitivamente á las regiones morales. Vivía en una constante evaporación de ensueños puros y blancos. Eran el aroma de su naturaleza delicada, casi floral.

Con todo, Blest Gana no era un artista de gabinete, de esos que sólo conocen la tierra por las iluminaciones multicolores de los libros de historia natural. Vivió un lapso no corto de su vida en regiones deslumbradoras, en la parte austral del país. El misterio de las selvas araucanas, el sueño de los lagos que exalan vuelos de garzas, la línea de la cordillera que corre plegándose y desplegándose en silenciosa melodía de nieve, debieron darle imborrables visiones de hermosura. Algo de ello hay en sus versos; pero no con intensidad y firmeza. Blest Gana desdeñó, sobre todo en sus primeros versos, que son muchos, la naturaleza; la dejó jugar en el cristal de sus ojos entornados por el recuerdo meditativo, pero no le permitió que tamizara sobre su sensibilidad sino uno que otro temblor de sus entonaciones luminosas.

En lo que podríamos llamar su fragmentarismo pictórico, se nota la imposición de la forma clásica, el paisaje sencillito, triste, de largas pinceladas ingenuas, y á veces con el indispensable y puntiagudo campanario al fondo. Sus paisajes no valen por sí mismos, sino como un acompañamiento de los temas líricos.

Blest Gana tiene también poemas descriptivos, regionales; pero en ellos no está él, está su arte: su agilidad de ritmador y su pureza lingüística, pero no las cualidades de sensibilidad aguda y melancólica que modelan el relieve individualizador de su fisonomía moral. Al revés de la mayoría de los poetas, que van á la naturaleza como á una fontana de inspiración, á beber la frescura de sus murmullos ó á quemarse en las brasas de sus rosas, Blest Gana la miró con desdeñó, con oblicua mirada de abstraído en el desdoblamiento ascendente de sus sueños íntimos.

Tal vez su hábito de reflexión rememorativa hipertrofió sus facultades autoinquisitivas en desmedro de las facultades de recepción y, por consecuencia, de representación. Mas, la verdad tal vez sea que el poeta prescindió de la naturaleza porque la sabía indiferente al bien y al mal, porque sabía que si hay instantes en que parece ensayar un gesto de dolor, son instantes ilusorios y no verdaderos estremecimientos sombríos que turben la quietud de sus insensibilidades esplendorosas.

Se que natura é sorda
que miserar non sá.

había dicho su maestro, el conde Jacobo Leopardi.

Sin embargo, para Blest Gana, en la naturaleza estaba el amor, latente como una esencia de vida. Es su soplo sagrado el que la anima y la enciende. Habría creído, como en el soneto de Rücker, que el cielo azul es una carta misteriosa, sellada con el nema del sol, pero que, cuando este nema se desprende, los poetas pueden leer en las páginas de la sombra nocturna la palabra celeste "amor", escrita con temblorosos caracteres de oro.

V

Después de algunos años de lirismo triste y adélfico, Blest Gana sintió la necesidad de variar. Era necesario transformarse.

El poeta notó el lánguido y alicaído andar de muchas de sus estrofas. Su versificación era demasiado sencilla, si no descuidada. Carecía de la ascendente y descendente continuidad ondulatoria que debe seguir al movimiento anímico. Pero este, en Blest Gana, era de muy pocas variaciones. Se puede decir que no varía. Es un solo y único estado de tristeza y de melancolía soñadora. Para modificarse, sin salir de su modo de ser artístico, tenía dos medios: intensificar su tristeza hasta el pesimismo, hasta las negaciones dogmáticas del bien, hasta darse á sí mismo un concepto metafísico de la vida, inspirado en desesperanzas dolorosas, ó abandonar definitivamente la tristeza, huir de sus recuerdos sombríos y detener sus ojos sólo en los momentos plácidos y luminosos que hubiera vivido su pensamiento, su sensibilidad ó su corazón.

Su delicado instinto de poeta lo llevó por la senda sonriente. Llegó á satirizar él mismo á escs byron de quince años que se lamentan de la vida antes de conocer sus amarguras. El poeta despejó el ceño, y como un ave que huye de la noche, voló hacia los recuerdos aurorales.

Estas composiciones serán, tal vez, las que salven su nombre del olvido. Ellas no se esfuerzan por hacernos sentir estados más

ó menos ficticios de renunciación á las sanas alegrías de la vida, sino que extienden ante nosotros una serie de momentos idílicos, vividos á la luz de un espíritu que despunta... Hay en ellos candor. Si tenemos cualidades que nos alejan de la tierra, que nos elevan diluyéndonos en una atmósfera de idealidad pura, el candor es lo que nos lleva más cerca de la naturaleza, lo que nos hace vivir casi con la inconsciente pureza con que las flores aroman. Es la noche de nuestros instintos amorosos que suelen tener aurora en un tímido lampo de rubor.

Estas levedades de primavera las cantó Blest Gana en versos temblorosos de frescura, tejidos con el vocablo que es brisa y con el vocablo que es aroma. Nunca la lírica chilena había alcanzado mayor sutilidad.

Sí; estas composiciones salvarán al poeta. Son pocas, pero sobran para su gloria. Algunas de ellas son apenas un soneto, un soneto leve y sencillo; pero que nos presenta, envuelta en su ligero ramaje verbal, una visión blanca y pura como la corola de un lirio; y otras son composiciones libres, en que flota su idealismo de soñador selenita y nos hacen sentir el silencio de esas noches claras que el poeta esperaba para soltar las perlas de sus trinos sobre los valles escarchados de luna!